

8^{VA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS



PRIMER PREMIO

Ella lo sabía

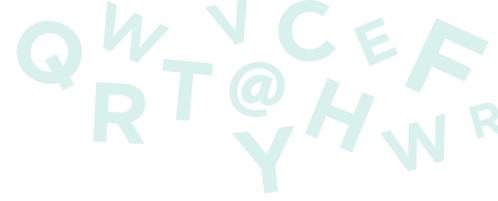
— Por **Beatriz Elcira Gatica**

Llegué cuando empezaba a oscurecer y, mientras subía con la valija los cuatro pisos noté lo avejentado que estaba el edificio. No andaba el ascensor. Tuve que tomar coraje, inspirando hondo, para subir por las escaleras. Llevaba encima el cansancio de muchas horas de viaje. No había conseguido vuelo directo y había tenido que hacer dos trasbordos con largas esperas en aeropuertos y demoras aduaneras. Todo había valido la pena porque por fin podría estar en sus brazos otra vez. Su último abrazo, antes de partir a África para trabajar en una organización no gubernamental de ayuda humanitaria, había sido tan amorosamente sentido que me habría quedado a vivir en él. Ese último abrazo fue como un talismán para mis momentos difíciles desde hacía diez años, el día en que me fui. Sólo me bastaba cerrar unos instantes los ojos para sentirme en sus brazos, como si fuera un escudo de bendición.

Levanté la maleta hasta el primer piso. Allí la bajé para recuperar aire. Ya casi no veía por donde iba. Prendí la luz, que, si la memoria no me mentía, duraba encendida treinta segundos. Sonreí al pensar las veces que me escondía en las escaleras con algún novio temporal para besarnos apasionadamente con esos apagones intermitentes.

Mi tía abuela había sido todo para mí. Ella me había cuidado desde la adolescencia, cuando mis padres, que no sabían cómo tratarme, me mandaron a vivir con ella. Casi no tenía relación con ellos, después de eso. Pero ahora, les agradecía con el corazón haberme dejado en manos de mi tía abuela. No le hice fácil la vida en ese entonces, debo admitir, pero ella con su paciencia y amor infinito me había encausado en una mujer de bien. Había estudiado enfermería, como ella, y me había obligado, bien digo obligado, a estudiar inglés. Me decía: “Algún día me lo vas a agradecer”. Y ese día llegó con un regalo que le hice, algo que ella ansiaba, un reloj de pared con péndulo, de esos antiguos con una llave para darle cuerda. El día antes de irme se lo entregué, pidiéndole que nunca dejara de darle cuerda, porque el tic tac que marcaran los segundos, eran los latidos de mi corazón que la seguirían acompañando.

Seguí subiendo, ya tenía que ir apoyando la maleta en cada escalón mientras subía. ¿Desde cuándo estaría roto el ascensor?, pensé angustiada. De pronto me asaltó la culpa de haberla dejado sola. Aunque ella fue la primera en alentarme en seguir mi sueño. Mis llamadas por teléfono, al fijo, porque no entendía la nueva tecnología, habían sido espaciadas. Cada vez que iba al pueblo, desde donde podía hacerlo, era mi prioridad llamarla. Nuestras comunicaciones duraban bastante. Le gustaba preguntarme de mi vida de aventurera y contarme su rutina, que yo escuchaba con ternura. La semana pasada, la había notado algo rara, y algo en mí hizo que pidiera todos los días atrasados de vacaciones y concretara el viaje. Aprovecharía para contarle una gran noticia, agarrándola de las manos. Con los pasajes en mano, la volví a llamar para decirle que me esperara el viernes, que llegaría a la noche para comer su inmejorable arroz con pollo, y que esta vez no se iba a poder negar a darme el ingrediente secreto de su receta. Fue tal la felicidad que las dos sentimos, que empezamos a hacer planes de lo que haríamos juntas. Y



Ella lo sabía ——— Por **Beatriz Elcira Gatica**

ahora, que ya estaba a un piso de llegar con mis latidos acelerados por el esfuerzo y la emoción, miré hacia arriba el techo descascarado por la humedad que me parecieron nubes. Nubes, pensé, como las que me señalaba desde la ventana para que imagináramos figuras que se movían cambiantes para nuestro juego.

Prendí nuevamente el interruptor de luz, una grieta surcaba la pared. Me había contado que el último temblor había sido muy fuerte y que habían venido unos arquitectos para constatar que el edificio siguiera siendo seguro. Le pedí por favor que se fuera a vivir con mis padres, pero ella se negó tajante. Así es ella, decidida y fuerte. Quise imaginarla, antes de verla, como habrían invadido, más aún, las arrugas de expresión que tanto me gustaban cuando sonreía, y si seguiría tan esbelta como cuando me fui. Ya faltaban pasos, unos pocos escalones más, y la vería.

En la puerta de su departamento, toqué la textura de la marca que había grabado en ésta, dos iniciales mínimas, esa había sido la condición para que me dejara hacerla. Una H y una B, por su nombre Hilda y por el mío Beatriz. Toqué el timbre y esperé. Escuché pasos, pero no eran los arrastrados que esperaba. Me recibió mi madre, atrás estaba mi padre. Los dos me abrazaron a la vez. A un costado, el reloj de pared tenía el péndulo inmóvil. En la mesa del living vi extendido su vestido de novia, el que nunca llegó a usar y que me prometió me regalaría cuando llegara el momento de casarme. Ella lo sabía, sabía mi gran noticia. Y me largué a llorar, en ese edificio viejo que ya no tendrían para mí futuros recuerdos.

8^{VA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS



SEGUNDO PREMIO

El reloj de la pared

— Por **Sandra Delma Bonillo**

Por tercera vez en el día, las agujas del reloj de la pared volvieron a marcar las cinco de la tarde. Recuerdo que la primera vez que dieron las cinco, sentí que el día me había resultado muy corto y se lo comenté, como al pasar, a mi compañera. Le dije que iba a quedarme un rato más porque necesitaba terminar algunas cosas.

Marisa me miró como al pasar, y siguió hablando con Liliana. Esperé unos minutos tratando de escuchar lo que decían. Respiré aliviada cuando advertí que no se habían dado cuenta del funcionamiento del reloj. En ese momento consideré que era mejor no decirles nada. A veces, supongo que como a todo el mundo, mi cabeza me juega malas pasadas.

La segunda vez en el día que dieron las cinco de la tarde, me inquieté un poco, pero sólo al punto de revisarle las pilas. Todo parecía estar bien, o por lo menos, no había indicios de que a los demás, el hecho de que el reloj de la pared diera por segunda vez en el día las cinco de la tarde, les resultara, al menos, llamativo.

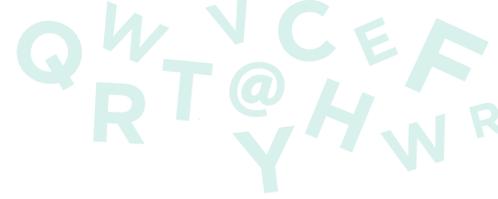
Me levanté para servirme un café. Nunca es rico el café de la oficina y mucho menos durante la tarde. Desde el pasillo que llevaba a la cocina pude ver algunas oficinas, pero nada diferente a lo de todos los días parecía estar pasando.

Me crucé con Ariel y con Gonzalo. Casi ni me miraron, pero algo se dijeron entre risas nerviosas. Tampoco Laura se detuvo a saludarme cuando nos cruzamos en la puerta de la cocina. Me serví el café y lo calenté unos segundos en el microondas.

Lo tomé en la cocina y al volver a mi escritorio, en el reloj de la pared dieron las cinco de la tarde por tercera vez. Algunos pensamientos se agolparon en mi cabeza. Ordenarlos me tranquilizaba un poco, aunque ese estado no duraba mucho tiempo.

Cuando mis compañeros se levantaban para irse, miraban el reloj de la pared, volvían a sentarse y seguían trabajando. No necesité mirar a Sofía para saber de qué manera estaba ordenando su escritorio.

Lentamente me acerqué a la ventana. A primera vista todo estaba igual que siempre. Los negocios abiertos, los colectivos llenos, la gente esperando en las esquinas a que el semáforo les permitiera cruzar. Esforcé mi vista para tratar de ver las caras y lo que vi no me hubiera llamado la atención, si no fuera porque todos tenían la misma



El reloj de la pared _____ Por **Sandra Delma Bonillo**

mirada, el mismo gesto, la misma expresión. Un mismo rostro repetido en todos los cuerpos.

Traté de que nadie, en la oficina, se diera cuenta de lo que esa imagen me había producido. Volví a mi escritorio y me senté. En la computadora, comencé a hacer lo mismo que había hecho cuando llegué. Me confundió un poco pensar en las mismas cosas que había pensado esa mañana. No estaba segura de que todos los pensamientos se repetían, pero reconocí algunos de ellos de inmediato.

Comencé a anticipar las charlas de mis compañeros. El clima, la lluvia, la llegada del verano. No hacía falta esperar las respuestas porque ya las conocía.

El chico del correo entró a la oficina con paso apurado. Me acerqué a él y volvió a darme la misma correspondencia por tercera vez. Lo miré a los ojos y noté desconcierto en su mirada. Yo esperaba que me dijera algo, que me preguntara si a mí también me parecía extraño que las cosas estuvieran pasando una y otra vez, pero solo me entregó un par de sobres y se fue. Cuando entró al ascensor me miró y su rostro se transformó en el mismo rostro de la gente que caminaba por la calle.

No abrí la correspondencia porque sabía qué cosas iba a encontrar adentro de cada sobre. En ese momento, el reloj de la pared hizo un sonido extraño. Al principio no quise mirar porque esperaba que alguna otra persona lo hiciera. No quería ser yo quien tuviera que decirle a los demás lo que estaba pasando. Esperé un rato con la cabeza gacha, disimulando las ganas de mirar, pero el sonido se volvió a escuchar con más intensidad. Sin embargo, nadie miraba hacia donde estaba el reloj.

Levanté la cabeza despacio y noté que todos seguían trabajando. Algunos susurraban entre ellos cosas que no llegaba a oír. Pensé en decirles lo del reloj de la pared, tal vez intentando que miren por la ventana y perciban lo extraño de las personas con el rostro repetido, pero ninguno iba a oírme.

Me acerqué al reloj, sabiendo que en cualquier momento darían las cinco de la tarde otra vez. El tic tac sonaba ahora como una respiración ronca y agitada. Mi propia respiración se confundía con el tic tac del reloj.

Nadie reaccionaba a la monótona repetición del tiempo. Fui hasta el ascensor, porque no tenía el valor para quedarme junto al reloj cuando volvieran a dar las cinco. Bajé sabiendo que no iban a darse cuenta de que yo ya no estaba.

Y ni siquiera me sorprendí cuando, en el espejo del ascensor, el reflejo de un rostro que no era el mío me miraba.

8^{VA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS



TERCER PREMIO

Desembarco

— Por **Sergio Marcelo Muzzio**

Se daban esas situaciones incómodas de encontrar un nuevo cepillo de dientes o un pulóver grande, esos detalles que alteraban un orden simple como el nuestro con la violencia de una bomba atómica. Yo no quería saber, trabajosamente te ignoraba y hacía de cuenta que no existías en nuestras vidas cuando en realidad existías desde hacía por lo menos varios meses. Lo sabía incluso antes de que empezaras a dejar huellas concretas en casa.

Lo sabía porque mamá estaba distinta, y porque a veces la sorprendía mirándome con preocupación. Cuando la pescaba así yo le sonreía y le decía algo lindo, para que volviera a alegrarse, y entonces ella se sacudía como si tuviera frío o como si despertara, y volvía a mirarme como siempre. Mamá siempre se preocupaba, y yo también, cuando algo cambiaba y ella sabía que iba a tener que ponerme al tanto; tarde o temprano yo tenía que enterarme, porque así nos manejábamos en casa, no había secretos entre nosotros. Estábamos solos hacía mucho tiempo, ella y yo, y por eso teníamos ciertas complicidades que tal vez iba más allá de un vínculo entre madre viuda joven y su hijo chiquito cada vez más grande. Porque cuando vos apareciste yo ya no era un nenito, y por eso justamente creí que podía hacerte frente.

El término desembarco lo usó un día mamá hablando con la abuela, mientras le contaba que su amiga Mónica había comenzado a convivir con el novio, en casa de ella. El novio, según mamá, le había desembarcado un día, así, sin avisar. A mi se me grabó la frase, porque me imaginaba al pobre hombre llegando con todo su equipaje, con ese aire un poco desamparado de los recién arribados. Y porque antes de eso seguramente se había producido como un viaje, una travesía durante la cual uno corre el riesgo de equivocarse el rumbo o de no saber capear los temporales y naufragar. Pero estos son conceptos que le fui agregando con el tiempo. En aquel momento me quedé con la imagen del novio llegando con todas sus valijas, y me imaginé la sorpresa de Mónica con el desembarco inesperado. La sorpresa y la inevitable sensación de ser invadida, la mezcla de alegría, incertidumbre, tal vez enojo...

Para la época en que debía producirse tu propio desembarco en nuestra casa, yo ya me había dado cuenta de que antes había esos preavisos extorsivos, un cepillo de dientes distinto o el pulóver como al descuido sobre mi cama, una gigantesca araña negra invadiendo mi cuarto infantil. Yo ya sabía que en realidad se empieza a desembarcar de a poco, que hay preliminares, y me imaginé que podía hacer el papel de aduanero, que de alguna forma tus anuncios estaban reclamando mi opinión. Así que un día, cuando comprobé que el famoso cepillo de dientes grande había aparecido, me lo llevé a mi cuarto y lo dejé expuesto arriba de mi escritorio. Y en el baño puse el mío, chiquito. Empezábamos un diálogo que no necesitaba de palabras, y fue el peor momento para mamá. Lo del cepillito pasó sin pena ni gloria, y yo me enojé mucho. Mamá lo devolvió a su lugar sin más trámites y yo me sentí

Desembarco — Por **Sergio Marcelo Muzzio**

defraudado, como si me hubiera cerrado la puerta en la cara. Imaginé que tal vez mi madre tuviera como una orden de comportarse así, de imponer las cosas sin dar demasiadas explicaciones, con un silencio que en realidad era como un duelo de gritos de guerra. En ese momento decidí que te odiaba y que no iba a aceptarte nunca. Pensé en mi madre y yo, como antes, y lo fijé como una meta. Nadie iba a imponerse a la fuerza en nuestra casa, aunque mamá sufriera.

Entonces empezaron a aparecer pelos, por ejemplo. Era muy desagradable que aparecieran en el jabón: sentí que tu desafío ya era insultante. Me demostrabas que cada vez te adueñabas más de la situación, pero tus pruebas eran crueles y asquerosas. Me preguntaba llorando si cabía como antes la posibilidad de que fueran casualidades, cosas pasajeras que terminarían de un momento a otro, y me respondía que no, que todo era parte de un proceso que ahora se me antojaba también sucio y perverso. Alegué que yo necesitaba otro jabón y durante un tiempo hubo dos en la jabonera del lavatorio y también en la bañera. A mamá la afectó bastante esto, y terminó de complicarla con un jabón exclusivo para ella, y muy de mujer. Al principio me alegré, pero enseguida comprendí que nunca más iba a usar el mío, que ya no habría uno nuestro. Y eso en el fondo me demostraba que ya no me era incondicional, lo que equivalía a decirme que estaba de tu lado. Saber que ya no podía confiar ciegamente en mamá me hizo sentir aún más desvalido.

Creo que sobre todo por eso me enfermé, increíblemente a veces me orinaba en la cama y mamá me llevó al médico. A mí me hicieron esperar afuera después de revisarme y el doctor habló un rato largo con ella. Cuando salió, mamá se esforzó por asegurarme que todo iba a estar bien y yo supe que se había hablado del invasor y que el doctor Mario le había hecho entender por fin cuál era la causa de mis molestias. Era como una compensación que el médico estuviera de mi lado ahora que mamá se comportaba como una enemiga. Volví a casa con el ánimo renovado y hasta le pedí a mamá que me dejara dormir en su cama como antes; hacía mucho tiempo que no dormía ahí. Pero me dijo que no, y estuvo durante toda la cena como contenida, como si quisiera decirme algo y no se animara. Yo suponía que sentía culpa, y estaba listo para perdonarla, pero no sabía cómo planteárselo. Fingí que no me importaba que no me permitiera dormir con ella y estuve bromeando hasta que finalmente me fui a mi cuarto y durante unos días me sentí mejor.

Algunas noches después volviste a aparecer en nuestra casa. Me indignó que te infiltraras así, como un ladrón, como la rata inmundada que en realidad me parecías. Y esta vez dejaste una marca indeleble, en las sábanas, y mucho más desagradable que todas las anteriores. Esa mañana pude comprobar que el proceso de desembarco seguía y que parecía estar en su fase final. Decidí acudir a medidas extremas y lo hablé con mamá.

Y ella, sorprendentemente, lo tomó con mucha calma. Y usó términos y frases que seguramente le había sugerido el doctor Mario. Me habló casi poéticamente de la vida y sus fases, y de las necesidades del cuerpo, y de lo mucho que ella desearía que papá todavía viviera. Y que ella también lo necesitaba. Sobre toda para que me explicara lo que estaba pasando: para que me hablara y me ayudara a comprender los cambios que estaban por ocurrir, que ya estaban ocurriendo. Para que me explicara bien cómo era eso de dejar de ser un nene y para que no me dieran miedo ni vergüenza los cambios que no paraban de producirse en mi cuerpo, y las nuevas pulsiones que sentía. Y mientras mamá me decía esas cosas yo retorcí el borde de mis pantalones cortos y veía casi por vez primera cómo se habían ido poblando mis piernas flacas de unos pelos largos y oscuros y hasta los sentía escocerme y arder en otras partes de mi cuerpo, en todas partes, y me puse colorado tal vez por última vez y tuve que rascarme, y supe que el desembarco se había completado y que un hombre había entrado definitivamente en nuestra casa.

8^{VA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS



FINALISTA

Karozo

— Por **Alba Ines Guarna**

Como era habitual, también este domingo comenzó con un gran despliegue en mi casa, mi madre preparando la canasta con todos los víveres, mi padre revisando que el jeep tuviera en condiciones los frenos y que no le faltara agua y mis hermanas mayores rezongando, porque no era divertido para ellas pasar cada domingo en la finca. Yo, por mi parte, con mis 7 años, estaba feliz, de hecho, esperaba toda la semana ansiosa este acontecimiento semanal.

Cuando llegábamos, mis hermanas buscaban un lugar óptimo para leer sus revistas, o alguna novela de Corin Tellado, mi padre recorría la finca con José, el contratista, mi madre se apersonaba en la cocina con la mujer de éste a organizar el almuerzo para todos y yo corría a buscar a don Zoroka. Él, don Zoroka, era un personaje muy especial, nacido en Polonia, tenía alrededor de 65 años, más o menos la edad de mis abuelos, que también eran europeos, de hecho viajaron a Argentina en el mismo barco, de donde surgió una amistad que mantendrían por el resto de sus vidas.

Don Zoroka era un ser de mirada serena, y de su persona emanaba cierta prestancia viril. Nunca formó una familia, todo él parecía inmerso en un torbellino de soledad y de ausencias. A veces parecía cercado por el tiempo y el cansancio, lo único que sabíamos de él, era que su tierra natal era Lublin, Polonia y que, por algún lugar del mundo, debería andar una hermana melliza, de la cual no supo nada más después de embarcarse hacia Argentina. Cuando mi padre adquirió la finca, él le pidió si podía vivir en ella a cambio de algunas tareas, a lo que mi padre accedió inmediatamente. Para mí, era la persona que más sabía de caballos en todo el mundo. Además tenía la virtud de dibujarlos con tanta destreza, los dibujaba tan bien que, mirándolos en sus hojas de papel, ¡asombraba el movimiento que les transmitía con el lápiz!

Uno de los colaboradores en las tareas de campo era Chalo, un caballo percherón que trabajaba con el arado. Cada domingo, don Zoroka le ponía unos pellones para que yo lo montara un rato por los callejones. Si bien Chalo casi que no trotaba ni galopaba, cuando yo paseaba en su lomo, me invadía un inexplicable y sublime gozo, y me sentía toda una amazona, en ese hermoso corcel de patas cortas, anchas y fuertes, de elegante cabeza, de torso robusto y de larga y espesa cola.

Luego de toda esa hermosa aventura, don Zoroka prendía su pipa y me transmitía parte de sus conocimientos acerca de los caballos, me enseñó a comprender gran parte del maravilloso lenguaje que usan estos nobles seres para comunicarse, aprendí qué quieren decir con cada movimiento de sus orejas, cómo saber la edad aproximada

Karozo — Por **Alba Ines Guarna**

mirando sus dientes, cómo se asean entre ellos para demostrarse afecto mutuo, qué quiere decir cada postura de sus colas, o cada sonido que emiten.

Y cumplí 9 años... y mi cumpleaños cayó en domingo. Noté que ese día todos estaban contentos en casa, mis hermanas cuchicheaban, mi madre me miraba de reojo y sonreía, y mi padre no cesaba de silbar alegremente, supuse que se debía a que, al fin y al cabo, era un día festivo. Cuando llegamos a la finca, en vez de hacer cada uno lo que siempre hacían, se quedaron todos junto a mí, a lo lejos, alcancé a ver a Chalo trabajando con el arado y a don Zoroka que venía hacia nosotros. Con ese gesto mesurado y tranquilo y esbozando una sonrisa llena de paz debajo de su espeso bigote, me dijo con su acento polaco:

—Felicidades pequeña! Ven, ¡alguien está ansioso por conocerte!

Me tomó de la mano y bordeamos la casa rumbo al corral, con bastante desconcierto miré hacia atrás y todos nos seguían y sonreían. Cuando llegamos al corral ¡quedé paralizada! Ahí estaba, esperándome. Era la figura más bella que jamás hubiera visto. Lucía con orgullo su brillante pelaje rojizo y su cola larga, casi blanca, igual que su crin, que se ondeaba con la brisa. Este formidable alazán miraba hacia el frente y yo sentí que buscaba mi mirada, en ese instante, de las profundas entrañas de mi ser, surgió un misterioso subconsciente que me predecía los fuertes lazos que nos unirían. Apreté con más fuerza la mano de Don Zoroka y él susurró:

—Es tu potrero ahora... tu amigo... tu compañero... y creo que él ya intuye todo esto, anda y conócelo...

Mi madre tenía los ojos húmedos, mis hermanas no paraban de reír y mi padre me hacía un gesto con las manos, alentándome a acercarme al corral.

Cuando estuve frente a él, me pareció más bello aún, en su frente tenía un lucero (así se llama a pequeñas manchas con distintas formas que a veces tienen los caballos en la frente), en este caso era blanca y con forma de estrella, y en su mano y su pata derecha tenía un albo (así se denomina a las partes blancas que tienen algunos caballos en la zona más cercana al casco). Acaricié su cuello, su espalda y su nuca y dije muy bajito:

—Hola, ¡Karozo! —hacía un tiempo había descubierto que si mencionaba las sílabas al revés de Zoroka, sonaba “Karozo” y ése sería su nombre!!!!

Don Zoroka me había enseñado que el “resoplido maternal” es un sonido muy suave, que la yegua utiliza cuando está preocupada por la seguridad de su hijo y el mensaje sería: “Acércate, yo te cuido”, no sé por qué, imité bien cerquita de su oreja, lo más cerquita de su oreja que pude ese sonido y luego empecé a caminar y ¡él decidió seguirme! Desde ese momento comenzamos a compartir nuestras vidas con ignotas vivencias en un tiempo providencial. Paseábamos, galopábamos y saltábamos obstáculos. Sus ojos eran vivaces y hasta me parecía que sonreía cuando lo bañaba o rasqueteaba. Por supuesto nuestro instructor era don Zoroka, esa extraordinaria persona que yo tanto admiraba y por la cual mi cariño no tenía medida, ese ser un poco extraño, que parecía inmerso en un vacío insondable, de pocas palabras, pero que a veces parecía estallar en mil gritos de rebelión incontenida.

El tiempo transcurrió y cumplí los 14 años, Karozo andaba por los 9.

Un domingo, llegando a la finca, nos sorprendió ver una camioneta de la policía en la tranquera y José hablando con el oficial a cargo, jamás olvidaré ese pavoroso, horripilante domingo. Habían encontrado a don Zoroka sin vida, decían que estaba bajo la sombra de un sauce, que parecía dormido... Partió con la misma templanza que vivió. Qué extraña dimensión la de la muerte. Siento que su ausencia será infinita. Por primera vez en mi vida, sentí el verdadero dolor, ese que te desgarran el alma y que genera tantas preguntas sin respuestas.

A través de los años, Karozo y yo nos hicimos dependientes y necesarios mutuamente en nuestras vidas, formábamos el binomio perfecto, ambos nos sentíamos felices y gratificados en todos esos momentos que pasábamos juntos. Y, compartiendo mi vida con mi fiel amigo, cumplí los 18 años, recuerdo que justo ese mismo año fue la fiesta de mi graduación de la secundaria, el plan era, al otro día, partir hacia a la finca a pasar unos días. Llegamos cerca del mediodía, apenas José sintió el ruido del vehículo vino hacia nosotros, denotando en su expresión una mezcla de tristeza y preocupación. ¡Se los llevaron, al viejo Chalo y a Karozo! Se los robaron!!!!”. Las cosas no funcionaban muy bien en el país y se habían formado bandas de cuatreritos que robaban equinos y los faenaban. Mi garganta desbordada quiso estallar en mil gritos. Otra vez el sabor amargo de la vida. ¿Cómo podría superar esto?

Karozo — Por **Alba Ines Guarna**

La búsqueda duró casi un año, las denuncias policiales no funcionaron. No encuentro palabras precisas, ni la síntesis exacta y merecida, que exprese mi dolor y todo lo que significaba su existencia para mí. Nunca olvidaría a ese ser, que recorrió junto a mí la senda de los años. La vida tenía que seguir... sin Karozo.

Comencé la universidad, cuando egresé con mi título de veterinaria, me enamoré de una gran persona y al poco tiempo decidimos casarnos, a los dos años nació Ramiro, nuestro primogénito, a quien, al poco tiempo, le diagnosticarían TEA (Trastorno de Espectro Autista).

Un día fui convocada para asistir a un barrio marginal, a esterilizar de manera gratuita a perritas y gatitas. Desciendo de mi auto para dirigirme hacia el lugar de mi trabajo y paso muy cerca de una carretela que estaba “estacionada” y la sostenía un caballo flaco y desnutrido, evidentemente en muy mal estado. Tenía pelaje rojizo y opaco y su crin y su cola hubiesen sido casi blancas si no hubieran estado tan sucias. Instintivamente miré su frente y, los elementos de trabajo que llevaba en mis manos cayeron al piso, ¡Ahí estaba la estrella!! Bajé la vista hacia su mano y pata derecha y ahí estaban los albos que identificaban a Karozo. Conteniendo el llanto, la excitación y el dolor de verlo en ese estado, me acerqué con ganas de colgarme de su cuello, de abrazarlo... Él se mantenía con la cabeza gacha, y su mirada solo se dirigía hacia el piso, sus orejas eran de “aeroplanos”, se llaman así, cuando caen flojas hacia los costados y las aberturas hacia el piso. Esta posición denota un caballo cansado, apático, que ha perdido por completo el interés por el mundo que lo rodea e indica con claridad que psicológicamente se encuentra decaído. Cuando estaba por alzar mi mano para tocarlo, apareció ese sujeto:

—¿Necesita algo, doñita?

Lo miré a los ojos con una furia de la que jamás me hubiera sentido capaz de experimentar, mis demonios querían salir, sólo respiré profundo y le dije:

—¿No vende este caballo?

Y señalando a Karozo, con su prominente mentón, me respondió:

—¿A esto? Sí... si me lo paga bien se lo vendo, aunque ya el viejo de poco sirve.

Cuando se acercó para sacarle la pesada pechera y el grueso freno, Karozo irguió sus orejas y al mismo tiempo las sacudió espasmódicamente, mis lágrimas salían a borbotones, ese movimiento de orejas, denotaba miedo, el mensaje sería:

—No te me acerques! ¡Siento pánico!

Comprendí cuánto lo habían maltratado. El hombre tomó el dinero y desapareció. Karozo quedó quieto y cabizbajo, yo arrimé mis labios lo más que pude a su oreja e imité nuevamente ese resoplido maternal que nos ligó en nuestro primer encuentro, él levantó un poco su cabeza y vi un pequeño destello en su mirada, caminé unos pasos y sí. ¡Lo hizo! Comenzó a seguirme. Alzando la vista, entre sollozos, le dije a don Zoroka:

—¿Viste, amigo? ¡Lo encontramos!

Transcurrió casi un año y Karozo recuperó su peso normal, su pelaje volvió a brillar y su estampa, ahora de caballo adulto, era tan bella como cuando era potro. Estoy apoyada en los palos del picadero, observando una única e inolvidable escena: un niño de 4 años, mi hijo autista, montando un viejo y experimentado alazán, que camina con profesionalidad, prestancia y orgullo, cuidando esa valiosa carga que lleva en su lomo. Cómo no iba a sentirse orgulloso, si se había transformado en un máster, en un especializado en TAC (Terapia asistida con caballos). Y mi hijo Ramiro, era su paciente preferido!!!! En mis pensamientos apareció la imagen de don Zoroka, y no sé por qué, pero supuse que él también sabía de equino terapia, de esta capacidad de terapeutas que tienen los caballos, simplemente, no me lo contó, porque fue traicionado por eso tan fugitivo y tan inexorable, que le llaman tiempo.

8^{VA} EDICIÓN

Grandes Autores RELATOS CORTOS



FINALISTA

La amante de Joyce

— Por **Alfonso Cebal**

*Nunca había hablado con ella,
a excepción de unas pocas palabras ocasionales y, sin embargo,
su nombre era como una llamada a todas mis pasiones.
James Joyce*

El nombre de la mujer es el título de un cuento que leí hace algunos años. La trama se desliza a través de una serie de encuentros eróticos entre un hombre y una mujer. La mujer suele llegar muy temprano en la mañana y se presenta sin aviso previo. En su delirio o su enamoramiento el hombre siempre la está esperando y no se sorprende cuando escucha el portero eléctrico que de pronto suena insistente a las seis de la mañana. Lo que el hombre no sabe es cuál será el personaje femenino que aparecerá del otro lado de su puerta. Cada día un nombre, cada día una mujer. Nunca supe si ella era capaz de transmutarse en otra o eran muchas mujeres diferentes. Lo que me importa decir ahora es que era una mujer que llegaba al departamento del personaje masculino, solitario y desorientado, y lo sorprendía una y otra vez con nuevas interpretaciones de sí misma. Una mañana de verano llegó muy temprano, el encargado del edificio lavaba la vereda con una manguera, la reconoció y la dejó entrar sin que tocara el timbre del portero eléctrico, ella subió en el ascensor hasta el piso doce, en el pequeño palier privado, apenas iluminado, se detuvo frente a la puerta del departamento B y golpeó suavemente. El hombre, que tomaba mate y escribía, estaba sentado frente a su pantalla cuando escuchó el toc toc. La mujer en lugar de tocar el timbre había golpeado suavemente con sus nudillos en la puerta de madera clara, de inmediato el hombre sintió la suavidad de esa mano, la delicadeza de esos dedos largos y finos que acariciaban su sexo, como si su corazón le gritara de quien era el llamado. Cuando él le abrió la puerta ella le dijo en inglés: *Please this morning call me Evelyn.*

Estoy en Montevideo, en uno de mis reiterados viajes a Uruguay, esta mañana anduve caminando por la feria de Tristán Narvaja, a la que regreso cada tanto sin un motivo especial, sin haberlo planeado, podría decir que me siento atraído sin sentido ni razón alguna, con la desatinada excitación de un niño ante la posesión de un juguete nuevo. Tal vez la excusa es comprar algún disco de vinilo, quizás un libro viejo o visitar un anticuario. Estoy cansado, un malestar que me afecta desde hace semanas no me permite sentirme realmente bien. Tengo tos, duermo mal, me duelen los huesos. No obstante, decidí hacer la caminata y recorrí la calle, que se estrecha entre los coloridos puestos, hasta que me sentí sediento y cansado. En el sector de las frutas y verduras compré unas mandarinas, crucé 18, como le dicen los montevideanos a su avenida central, y me senté a la sombra en un banco de una plazuela sin nombre al costado del edificio de la Universidad de la República. Unos minutos antes había visto en una estantería un pequeño libro que deseaba leer desde hace tiempo, era un ejemplar barato de tapa blanda algo



La amante de Joyce — Por Alfonso Cebal

desgastada, donde la monumental figura de la torre negra de un antiguo castillo de piedra se recortaba sobre un irreal cielo amarillo. ¿Cuánto cuesta? Le pregunté al viejo alto, canoso y encorvado que tenía puesta una descolorida campera de aviador y acomodaba una pila de libros. Me arrancó el libro de las manos, miró en la primera página y dijo: Doscientos. Lo llevo, contesté seguro, y sin regatear le entregué un billete de doscientos pesos uruguayos. Con el libro entre las manos me di cuenta hasta qué punto me resultaba placentero y casi indispensable sentir esa vinculación, no era solo la lectura, por cierto, en mi biblioteca guardaba libros que no había leído nunca, era mas bien el contacto con un espíritu, con una deidad, con un secreto. Deslicé mis dedos por la tapa y sentí el roce con el polvo adherido, rastros de la calle y el tiempo. Recordé la particular opinión de Borges que le otorgaba a dos libros de Joyce, el Ulises y Finnegans Wake, un lugar único y preponderante en la literatura universal. James Joyce, dijo Borges, es menos un hombre que una dilatada y compleja literatura. Pensé en esa biografía monumental que escribió Richard Ellmann y leí parcialmente en la traducción de Piglia en colaboración con Josefina Ludmer. Me hubiese gustado encontrar otro libro: Retrato de un artista adolescente, pero acepte lo que esa vez el azar había decidido. Aun sentía un cierto malestar, por eso decidí quedarme sentado en ese banco. Abrí el libro y en uno de los cuentos, que leí mientras comía las mandarinas, hay un párrafo referido al personaje femenino, es un momento crucial del relato y dice: *Ella no contesta nada, siente sus mejillas pálidas y frías y perdida en su laberinto de tristezas le pidió a dios que la guiara, que le mostrara cuál era su deber. El barco hizo sonar un fúnebre silbato en la niebla. Si partía mañana estaría en el mar con Frank viajando hacia Buenos Aires.*

Según esa versión de la editorial Losada, titulada Dublineses, editada en el 2005, con traducción de Marcos Mayer del original Dubliners de James Joyce, escrito en 1904 pero recién publicado en 1910, el cuento ubicado en cuarto lugar del índice y que comienza en la página 50 se llama *Evelyn*.

Tal vez la misma mujer que temía alejarse de Dublín con su amante, es la que algún tiempo después, sola, abandonada a su suerte en otra ciudad tan gris y desconocida como la propia, una mañana muy temprano seduce al personaje de un cuento porteño.

8^{VA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS



FINALISTA

La casa de la calle Aranjuez

— Por **Mariano de Vedia**

Nadie imaginaba la historia oculta que escondía la casa de la calle Aranjuez. Emiliano Ansaldi vivía allí desde noviembre de 2011, a metros del Parque de Miraflores, un pulmón verde de 90 hectáreas en la zona norte de la ciudad, y decidió mudarse. Puso la casa en venta y se sorprendió cuando pasaban los meses y no aparecía ningún interesado. La escritura que conservaba desde que había adquirido la vivienda, cuando se mudó con su mujer Alcira y su hijita Malena, que entonces tenía dos años, estaba en regla y le daba tranquilidad para esperar una operación sin sobresaltos. Hombre paciente y ordenado, en sus 45 años de vida no había enfrentado situaciones que lo descontrolaran.

La lógica indicaba que una casa de dos plantas, con amplia recepción, tres habitaciones, dos baños, una cocina de dimensiones y bien equipada, y un muy confortable jardín, podía encontrar comprador a valores razonables.

—No es una edificación antigua y está bien mantenida. Los planos son de 1981, el año en que se construyó y toda la documentación está muy ordenada. No sé por qué no hay comprador.

Habían pasado 11 meses desde que el cartel “En venta” lucía en el exterior de la vivienda y Emiliano transmitía su preocupación a su amigo Federico Olivares, compañero de trabajo en la empresa maderera. Íntimamente pensaba que, tal vez, el problema era el barrio, pero su amigo lo tranquilizó.

—De ninguna manera. Es una zona urbana muy valorada y requerida. Nada que ver con lo que era hace 40 años.

—Justo en esa época se construyó la casa... ¿era un barrio peligroso?

—Todo era un baldío y un basural. Pero eso no tiene nada que ver con que hoy no haya compradores. En la misma cuadra hubo casas que se vendieron sin problema.

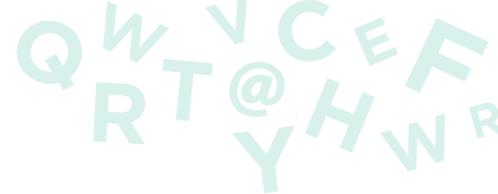
Ese diálogo despejó los temores, pero sembró dudas. “Sería bueno consultarle al dueño anterior para que nos diga si a él también le costó vender la propiedad”, se preguntó Emiliano, quien rastreó en papeles viejos para ver si encontraba alguna señal del propietario que se la había transferido.

Emiliano recordaba que Rodrigo Carmel Aráoz era contador y le había vendido la casa para mudarse a otra ciudad, por un trabajo que le había surgido. Consultó a vecinos que llevaban varios años en la zona y no encontró datos certeros. Pero el comentario de Susana Valle, dueña de una tintorería cercana, lo alarmó.

—No se preocupe en indagar tanto. A lo mejor encuentra respuestas que lo van a preocupar más...

Sorprendido, Emiliano insistió en conocer todo lo que ella supiera.

—Yo no vivo en el barrio. Pero trabajo acá hace 45 años, cuando esto era tierra de nadie. La casa en que usted vive es muy sencilla y atractiva. Pero cuando se edificó comenzó a circular el rumor de alguna maldición, alguna brujería... no sé más que eso...



La explicación lo inquietó aún más. Emiliano no quiso preocupar a su esposa Alcira y mucho menos a su hija, ya crecida y a punto de terminar la escuela primaria. Pero le confió las novedades a su compañero de trabajo Federico. Decidieron averiguar en el Portal de Transparencia de la Comuna, pero no encontraron datos del propietario anterior. Los derivaron al Registro de Propiedad, donde se inscriben las compraventas de inmuebles. No hallaron datos de Carmel Aráoz, el dueño anterior, pero tomaron nota de la secuencia de propietarios que tuvo la vivienda desde su primera inscripción.

Advirtieron, así, que el primer dueño había sido Luis González Perdriel, quien la adquirió en mayo de 1981, pero la vendió en septiembre del año siguiente a Graciano Ramírez, médico, según constaba en el registro. En agosto de 1999 la casa fue comprada por Micaela Gómez Sanabria, quien tres años después, en diciembre de 2003, se la vendió a Carmel Aráoz, el propietario anterior a Ansaldi.

—¡Tantos nombres nos confunden más!

Emiliano acompañó la exclamación con media sonrisa y un tono de resignación, mientras le llamaba la atención una mancha de tinta azul en los primeros casilleros de las operaciones de venta, a la altura del nombre del primer propietario, González Perdriel.

—¿Qué es esto? ¡Qué desprolijidad!... ¿Siempre trabajan de esta manera? —se quejó en voz alta Federico, mientras miraba a la empleada que los atendía. Ella le devolvió la mirada sin inmutarse, como si se tratara de una queja a destiempo y prescripta. La mancha de tinta penetraba en las hojas siguientes del libro de anotaciones registrales, cada vez con menos intensidad.

La única certeza era que estaban más confundidos que antes. Tenían nombres, fechas, pero nada más. Hallar a algunos de ellos podría ayudar a encontrar pistas. Aunque, en realidad, no solo no tenían pistas, sino que ni siquiera sabían por dónde empezar a averiguar.

Les llamaba la atención el primer comprador, González Perdriel. Si adquirió la vivienda en abril de 1981, apenas construida, es muy probable que la pretendiera desde antes. Si fue así, ¿por qué la vendió tan rápido?

La tintorería, uno de los comercios más antiguos de la zona, era una esperanza para recabar información y reconstruir los secretos que el tiempo se había llevado.

—Usted nos puede ayudar. ¿Tiene forma de revisar las boletas y facturas de 1982? Estamos a pocas cuadras y es probable que el entonces propietario González Perdriel enviara alguna vez un traje a la tintorería. Le agradecería que se fije, si no es molestia.

Para desbloquear la fría distancia que mostraba la dueña de la tintorería, Ansaldi tomó precauciones y llevó una bolsa de ropa de vestir y sábanas de su casa para lavar y planchar.

El insistente ruego conmovió a Susana, la dueña del local. Los tres echaron mano a los viejos talonarios de 1981 y 1982 y hallaron facturas a nombre de LGP. Las mismas iniciales del hombre que hasta ese momento era un fantasma. ¿Sería la presa buscada? No se indicaba teléfono alguno y sólo se mencionaba la dirección de Aranjuez 1756, la casa en la que ahora vivía Emiliano Ansaldi con su familia. De las cinco facturas encontradas, les llamó la atención la última, que databa del 21 de septiembre de 1982, muy poco antes de que transfiriera la vivienda. Pero no les inquietó tanto la fecha como la ropa que ese día había dejado en la tintorería: una camiseta de fútbol con la inscripción GFC, con los colores azul y rojo. Si se trataba de la camiseta de un equipo de fútbol, ningún club de primera división llevaba esas iniciales.

Susana no les pudo aportar datos de los otros moradores. Apenas recordaba a una mujer delgada, alta, que podría haber sido Micaela Gómez Sanabria, pero no tenía registros que pudieran confirmar los datos. Tampoco recordaba ni tenía constancias de Rodrigo Carmel Aráoz, el último propietario.

Era inevitable la consulta a Internet. De regreso a casa, Emiliano y Federico buscaron información de todos ellos

La casa de la calle Aranjuez ——— Por Mariano de Vedia

-uno por uno- en la computadora y, por fin, tuvieron un resultado. ¡No podían salir de su asombro! Entre las víctimas del atentado terrorista a la estación ferroviaria de Atocha, en Madrid, figuraba una Micaela Gómez Sanabria. Fue el 11 de marzo de 2004, en un brutal ataque explosivo que causó 193 muertos y más de 2000 heridos. Según los datos del Registro de Propiedad, el sangriento atentado ocurrió tres meses después de la venta de la casa. Días más tarde corroboraron oficialmente los datos en consultas al Ministerio del Interior y al Consulado de España.

El paso los alentaba, aunque también crecía en ellos el desconcierto. No podían comprender por qué tanto misterio y siguieron adelante en busca del paradero de los sucesivos compradores de la casa de la calle Aranjuez. Consultaron colecciones de diarios en bibliotecas y hemerotecas, recorrieron parroquias de la zona y estuvieron tentados a contratar un detective, pero desistieron por las altas pretensiones económicas de un ex inspector de policía que solo conservaba una gorra y una cachiporra, con los reflejos claramente perdidos y sin una adecuada preparación física. No se animaron a consultar a una astróloga y prefirieron seguir confiando en sus propias fuerzas e intuición.

La búsqueda para localizar al médico Graciano Ramírez, propietario de la casa hasta 1999, también resultó infructuosa. Hasta que dieron con una vecina del barrio del Parque de Miraflores, que recordaba vagamente que una prima de ella se había atendido con el doctor Ramírez, cuya especialidad era la ginecología. La consulta con la prima, que ahora contaba con 62 años, llevó unos días, pero significó un avance. Se encontraron con que el médico le había comentado a la paciente su intención de radicarse en Venezuela, donde vivía una hija.

Dos meses después, a través de consultas a la embajada en Caracas, llegó la confirmación de que el médico Graciano Ramírez había sido una de las víctimas de la Tragedia de Vargas, el terrible desplazamiento de tierras que provocó inundaciones de agua, lodo y piedras en las costas de Venezuela, que causó más de 10.000 muertos. Nunca lamentaron tanto un desastre natural. Fue el 15 de diciembre de 1999, cuatro meses después de que Ramírez se desprendiera de la casa.

A esta altura, Emiliano y su amigo prefirieron dar aviso a la policía. Aportaron toda la información con la que contaban. Ambos tenían la convicción de que las redes de Interpol podían eventualmente indagar la suerte del resto de los ex propietarios de la vivienda.

Una búsqueda oficial localizó el destino de Rodrigo Carmel Aráoz, quien también tuvo un trágico final. Dos meses después de venderle la vivienda a Emiliano Ansaldi, tuvo la mala fortuna de viajar en el ferrocarril de la línea Sarmiento que se estrelló en la estación Once y provocó la muerte de 52 personas, el 22 de febrero de 2012. La Tragedia de Once. Un accidente que se vinculó con las denuncias de corrupción del gobierno kirchnerista.

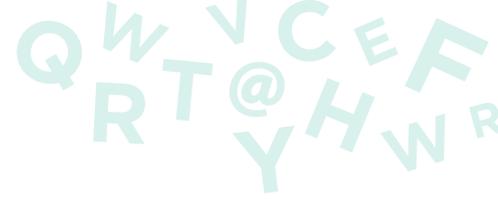
La reacción de Emiliano fue inmediata:

-Yo la casa no la vendo.

Semanas después, Federico, aficionado al fútbol y profundo buceador de estadísticas deportivas, le aportó a Emiliano la noticia que faltaba. A partir de la revisión de antiguas publicaciones y otras consultas en Internet descubrió que la sigla GFC correspondía al Gualeguaychú Fútbol Club, un equipo que pugnaba por llegar a la Liga Federal C. Pero el dato más inquietante es el que lo une a otra desgracia: una inundación en octubre de 1982 en esa ciudad entrerriana. González Perdriel había viajado, para no perderse el partido, con la camiseta roja y azul que había llevado a la tintorería.

¿Todo había terminado? ¿O recién empezaba? ¿Por qué ocurrieron tantas desgracias? Las preguntas acuciaban cada vez más a Ansaldi.

Como si se tratara de un manotazo de ahogado, Emiliano volvió al Registro de Propiedad, en busca de alguna información que pudiera explicar tantas desgracias. En lugar de subir a la oficina donde se encontraba inscrita su vivienda, preguntó por el empleado más antiguo. Tras varias idas y vueltas por distintas dependencias, dio con



La casa de la calle Aranjuez — Por Mariano de Vedia

Fabricio Gómez Reina, que esperaba su jubilación detrás del mostrador de objetos perdidos. Un hombre paciente, habituado a escuchar historias insólitas de gente desesperada por encontrar cosas extraviadas.

Emiliano le contó todas las peripecias en torno de la vivienda de la calle Aranjuez y los trágicos finales de sus propietarios. Sin perder la paciencia y haciendo esfuerzos para recordar, Gómez Reina completó la historia.

–No puede ser... ¿Tantas desgracias por esa vivienda?...

–Sí, es difícil creerlo, pero fue así.

–¡Y todo por un descuido!

–¿Un descuido?

–Efectivamente. Yo estaba ahí.

–¿Usted estaba ahí? ¿Qué pasó?

–Cuando el propietario vino a hacer el trámite, lo atendió mi compañero Buenaventura, que no tenía un buen día.

Discutieron por una tontería, una documentación que faltaba, y ese señor arrogante, tal vez sin quererlo, golpeó el tintero con el codo y derramó la tinta sobre el escritorio. Al ver el enchastre, el pobre empleado, agobiado por el trabajo y la situación, le dijo: “¡Mire lo que hizo! ¡Ojalá caigan maldiciones sobre usted y todos los que vengan después!...”

8^{VA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS



FINALISTA

Ludopatía o la boca del diablo

Por **Raúl Eduardo Mercáu**

Siempre he imaginado el infierno como un lugar lleno de personas adictas al juego. Ludópatas, enfermos de codicia y prisioneros de su avaricia y desesperación. Creo que no hay infierno más grande que ese; esperar ganar y perderlo todo.

Mi odio por el juego es una mezcla de formación religiosa y de recuerdos de mi infancia.

En mi mente creo relacionar a los juegos de azar con las prácticas más perversas del paganismo. La adoración diabólica de antaño se me figura como escondida en las gráficas más grotescas de las cartas, hombres de pelo largo y con vestimentas parecidas al de la caja de “Quaker”; bufones maléficos prometiendo ser comodín para todas las jugadas... Sí, creo imaginar a Moisés rompiendo las tablas de la ley al bajar del Monte Sinaí y contemplar a una parte de su pueblo adorando la imagen macabra de un animal construido con sus manos y a otros, jugando ocultos a las cartas.

Los recuerdos de mi niñez traen a mi memoria imágenes en las que veo a mi papá, a mis tíos y a sus amigos jugando al truco y a mi madre angustiada por esa práctica herética y degradante. “¿Cómo es posible que se saquen la plata entre parientes y amigos y que desperdicien lo que con tanto esfuerzo ganan con su trabajo?” -rezongaba mi mamá. Mi papá decía que “había que saber salirse a tiempo”; que era posible “divertirse, pero con límites”. La verdad es que nunca pasamos necesidades que pudieran atribuirse a esas tertulias de juego ni había reproches de parte de mi mamá porque nos haya faltado lo necesario por esas partidas de truco; pero, para mí era vergonzoso e incomprensible.

Crecí con esas ideas en mi cabeza cuando me topé más grande, en mi adolescencia, con los videojuegos. Mi mejor amigo de la secundaria, el “Gula”, como lo conocían todos, era un capo manejándolos. El furor era “Pac-Man” y en esa época se podía acceder a los juegos en lugares públicos, una especie de locales en los que antes se jugaba al billar y luego se llenaron de máquinas sofisticadas.

Recuerdo haber entrado una vez con el “Gula” a uno de esos lugares, donde fanfarroneó orgullosamente con sus habilidades. Al principio me sentía extranjero y advenedizo en ese submundo de niños, jóvenes y máquinas. Sin embargo, la que me fascinó fue el “Pin-Ball”, especie de artefacto futurista surgido de algún cuento de Ray Bradbury o de Isaac Asimov.

Me impresionaba ver a los niños con ojos enrojecidos y desorbitados, en un casino especialmente diseñado para

Ludopatía o la boca del diablo ——— Por **Raúl Eduardo Mercou**

ellos, jugando en esas máquinas, verdaderas “traga-monedas” o “cospeles” que los niños corrían a comprar cada vez que el fatídico cartel “game over” aparecía en sus pantallas.

Muy pequeño solía ver a un predicador norteamericano en la televisión. Era un orador extraordinario y la gente en las gradas, en una especie de estadio de básquetbol, quedaba extasiada con sus mensajes. El “Espíritu” se apoderaba de la multitud que quedaba elevada en un mediático Pentecostés. A mí me gustaba escuchar sus mensajes; pero, de repente, las transmisiones se interrumpieron sin ninguna explicación. En esa época era habitual que cualquier serie o programa se cortara; la dependencia cultural tenía sus intermitencias.

Un sábado en la mañana había ido a la peluquería; el peluquero era policía y los fines de semana aumentaba sus ingresos cortando el pelo, especialmente a los niños y jóvenes. ¡A todos nosotros con el mismo corte que a los milicos! Detestaba cómo me torcía la cabeza al pasarme esa máquina helada, para ponerme a tiro de su implacable pasión de cortar. Lo peor era cómo se veían mis orejas después; esa máquina, además de cortar el pelo, tenía el efecto de ¡agrandar mis orejas!

Mientras esperaba mi turno, en el revistero pude ver la noticia: el predicador norteamericano, que tanto había seguido por televisión, había sido encontrado en un prostíbulo (“¿evitando la lapidación de la mujer adúltera?”, me preguntaba ese día). Es curioso cómo quien había dedicado su vida a la lucha contra el pecado, había quedado atrapado en las redes mismas de Satanás y éste había vencido a uno de sus mejores atacantes con su poción favorita: el sexo. El “Enemigo de toda verdad” conocía y sabía explotar las debilidades de cada uno, reflexioné en aquella ocasión.

No sé cómo llegué allí. Las tardes de los sábados tenían ese aburrimiento de provincia que todavía no despertaba a su conciencia de protagonista nacional, que vendría después con la democracia y la participación de ilustres comprovincianos en los distintos estamentos del poder nacional y provincial.

Eran épocas de intervención militar; un brigadier de bigotes fuera de época y frente estrecha, gobernaba la provincia. El clima de orden y oculta represión, derramaba una sensación de ahogo a las libertadas juveniles. Nada había para hacer, salvo vagar por el centro en busca de alguna diversión.

Ese día fui solo al local de los videojuegos; no sé qué desventura habría tenido el “Gula” de modo tal que cuando fui a buscarlo me dijo que no podría salir todo el fin de semana. Por la rendija de la puerta pude ver a su mamá; sus ojos tenían lágrimas de pena, de frustración o de enojo.

No sé realmente cómo terminé en el local de los juegos. Al principio tuve repugnancia; un sentimiento oscuro y de dolor me llenó el pecho. Creo que era hasta una advertencia de que estaba en peligro. Pero los adolescentes en esa época nos sentíamos inmortales y eternos, como el cielo y el infierno, e invencibles como la selección de fútbol que ganó el Mundial 78.

Había llegado una nueva máquina al lugar; todos hacían cola para jugar en ella. Tenía la imagen de un diablo que habría su boca para que la pantalla parpadeara su mensaje: “insert the coin”. Al frente de la pantalla había una butaca y un volante con una palanca de cambios al costado que salía de las entrañas de este Belcebú mecánico; en la parte inferior tenía unos pedales: freno, embrague y acelerador.

El juego que proponía consistía en recorrer las calles de una ciudad y evitar accidentes y sortear desafíos que aumentaban en cada nivel de dificultad. Mi papá me había dado algunas clases iniciales de manejo y en los largos viajes con el camión me había sentado de niño en sus faldas para que yo manejara el volante. Si bien la mecánica

Ludopatía o la boca del diablo — Por **Raúl Eduardo Mercou**

no era lo mío, los “fierros” no me eran extraños.

Traté de convencerme que eso no era un juego de azar; no había cartas, ni dados ni ruletas como en el casino provincial. ¡Era un desafío! Esto tranquilizó mis temores religiosos y me impulsó a comprar las fichas para jugar.

Al principio estaba tenso, pero al comenzar y perseverar en el juego, fui ganando confianza y cada vez iba ganando y subiendo de nivel; los niños y adolescentes del lugar comenzaron a rodearme y a vitorearme por mis hazañas. Las dificultades y obstáculos eran cada vez más desafiantes y los tiempos más limitados. Mi entusiasmo parecía un licor que entraba en mi sangre y me llenaba de euforia y excitación. ¡Era un ganador!

En mi embriaguez no me había dado cuenta de la hora; el local parecía ya desierto y las luces del exterior adquirían su perfil nocturno. Eran épocas de toque de queda y de necesidad de no olvidarse nunca la “cédula de identidad” emitida por la policía provincial; documento indispensable para demostrar la dignidad y la inocencia subversiva.

Pero la confianza, sobre todo en el juego, es una mujer traicionera. Te seduce, como al predicador norteamericano, y te lleva a la fuente de la perdición.

Una maniobra torpe, apurada y quizás irresponsable hizo que atropellara a alguien en la ciudad del juego. Mi error era fatal y me hacía perder todos los niveles y bajar hasta el menor de los infiernos. Al cometer el error, una blasfemia se esputó de mis labios y los ojos brillantes del demonio, que abría su boca para mostrar la pantalla, destellaron su rojo rubí.

La sirena aturdió mis oídos y todos los que por la hora ya no podían estar, salieron corriendo por donde podían; los policías entraron, pidiendo documentos y buscando a alguien. Tenían una foto en blanco y negro de un accidente vial y en el recuadro se podía ver al culpable.

Al llegar a la butaca donde me encontraba sentado jugando, me rodearon y me dijeron cosas que no entendí. Estaba aturdido por la situación, enojado por haber perdido y, sobre todo, cansado por tantas horas de juego.

Nos va a tener que acompañar – me dijo uno de los uniformados.
Pero, ¿por qué? – respondí asustado y confundido.

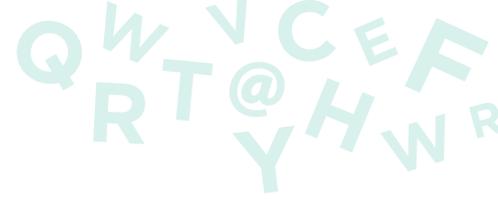
No hubo explicaciones; me subieron a un vehículo cerrado y al llegar, pude reconocer el edificio que tenía figuras geométricas en su exterior: era el palacio policial. Un hombre de rostro flaco, piel cetrina, pómulos salientes, con bigotes gruesos debajo de una prominente nariz y con lentes “Rayban” oscuros, me comenzó a interrogar.

¿Por qué atropellaste al transeúnte? ¿Sabías quién era? ¿Fue por motivos políticos? ¿Militas en Montoneros, ERP, u otra organización enemiga de nuestra cultura occidental y cristiana?... – las preguntas eran interminables y sin posibilidad de poder ser respondidas antes de que una nueva viniera a reforzar la anterior.

Detrás de un vidrio espejado podían verse figuras oscuras, algo borrosas, que eran como esqueletos con traje y lentes oscuros sobre los ojos. Parecían ser miembros de un juzgado “ad hoc” que evaluaban la situación.

El hombre que me interrogó inicialmente salió de la habitación; hacía frío y tenía miedo, confusión, hambre... Del otro lado del vidrio espejado se veía o se podía adivinar una intensa discusión; al parecer no había acuerdo sobre la determinación de mi caso.

Finalmente, el hombre de traje oscuro volvió y con él unos policías de civil. La decisión había sido tomada y me habían encontrado culpable.



Ludopatía o la boca del diablo _____ Por **Raúl Eduardo Mercou**

¡Déjeme llamar a mis padres, por favor! Nunca estoy tanto tiempo fuera de mi casa sin que ellos lo sepan – dije desesperadamente. Se miraron entre ellos, con algo de complicidad y de incredulidad. No va a ser posible. Ahora tendrás que venir con nosotros – fue la sentencia final.

Ahora (en este preciso momento) camino por la ciudad del juego.

En cada calle hay parlantes que cantan puntos y niveles alcanzados por jugadores que me son desconocidos. Hay una interferencia en sus alocuciones... es una voz, borrosa, áspera... parece la voz de un predicador norteamericano hablando del pecado y sus consecuencias. De vez en cuando, también, se escuchan comunicados numerados que dan cuenta de la situación del país, que los argentinos “somos derechos y humanos” e informan de algún atentado de los “enemigos de nuestra cultura occidental y cristiana”.

Al salir a caminar, puedo ver la gran pantalla; ¡no puedo creer lo que veo!... soy yo sentándome a jugar. Puedo verme, como si mirara en un espejo, con los mismos movimientos y ansiedad de la tarde que comencé a jugar frente a la boca del diablo.

En ese instante, al fin puedo comprender mi condena: seré atropellado y al mismo tiempo seré el perpetrador de mi propia muerte. Seré juzgado por personas detrás de un vidrio espejado, condenado, volveré a caminar... después, nuevamente seré atropellado, y nuevamente juzgado. De esa manera quedaré atrapado, en mi ludopatía... por toda la eternidad.

8^{VA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS



FINALISTA

Luz

Por **Irene Zunilda Farias**

Las luces del puente de señales de la estación quebraban, a lo lejos, la oscuridad compacta de la noche. Su noche. La que había premeditado como última.

Lo había calculado todo. Sus paseos nocturnos de las últimas semanas; sus regresos tardíos. Nadie lo buscaría, al menos durante las primeras horas. Luego tardarían bastante en identificarlo, si es que lograban hacerlo. Muy lejos de su casa, nada de ropas. Nada. Ni nadie. Eso era lo que sentía y pensarían los demás: un N.N. que atropellaría el tren semanal de esa región desolada.

Su cuerpo desnudo comenzó a sentir el frío nocturno. El yuyal del costado de las vías lo envolvía y lo mojaba con su rocío.

Faltaba poco. Era imposible deducir cuánto. Siguió adivinando con los pies el sendero de su muerte. Hasta que de pronto, como una viajera que acude a su cita, comenzó a verse desde lo lejano, la luz del tren. Sintió alivio. Ese foco acercándose significaba el final a todo su agobio, a su dolor, a su cansancio, a su frustración.

Se acercaba lentamente y su halo comenzaba a iluminar el lecho de su muerte.

Subió a las vías y caminó de espaldas al tren. De pronto tropezó con algo. Cayó al suelo. Tanteando descubrió que era una caja de cartón con algo adentro. Se oyó un gemido y pensó en un perro abandonado o una cría de gatos... Hasta que el llanto de un bebé emergió de su interior y se esparció agónico en los susurros de la noche.

Sintió bronca. Alguien había elegido ese mismo lugar.

La luz se acercaba. Dejó la caja y siguió caminando con firmeza. Nada torcería el destino que había elegido. Porque él había elegido... El llanto del niño le parecía un llamado... ¡Pobrecito... Él no había podido elegir!

El tren ya estaba cerca. Podía oír su rugido voraz. El maquinista ya lo había visto y hacía sonar la bocina llamándolo a la vida. Y el niño lloraba.

Se dio vuelta de golpe. Sus ojos quedaron ennegrecidos por la maldita luz; se sintió aturdido por el ruido; vio la caja, vio al niño... Y el tren pasó.

Casi una hora más tarde, la luz de la linterna del guarda confirmaba el relato increíble del maquinista: un hombre, a pocos metros de su máquina, se había abalanzado fugazmente sobre una caja en medio de las vías, y desaparecía. Creyó haberlo embestido, pero no detectó el golpe. Luego pensó en una alucinación o en los vasos de vino que solían acompañarlo...



Luz _____ Por **Irene Zunilda Farias**

Pero no. Allí, entre los yuyos, un hombre tembloroso se ahogaba con llanto inaudible y con su desnudez se aferraba a un niño tan desnudo y recién nacido como él mismo.

8^{VA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS



FINALISTA

Ortiz, Pescado-tic-tac

— Por **Raquel Barrionuevo**

Hoy es mi cumpleaños 175. Igual no me creen, pero tengo documento con números. La generalidad de las personas vive hasta los 120, pero he llegado hasta acá porque me han puesto toda la tecnología actual. Hace poco, un chico me reconoció y me gritó: “¡Sos como el pescado tic-tac! Y ahora me llaman así: Ortiz, Pescado Tic-Tac.

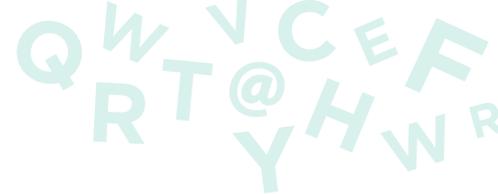
Yo nací en Villa Dolores pero me fui a vivir a Lujan, al norte de San Luis. Eran los tiempos en que todos vivíamos en casas, algunos tenían vehículos a combustible y otros, como yo, teníamos vehículos a transpiración. En qué momento se fue todo p’al rancho del diablo, no lo sé. Lo que recuerdo es la gran sequía que llegó en los primeros tiempos de la pandemia. El río desapareció. Hicieron perforaciones, buscando agua y también se agotó. Entonces, empezaron a usar un nuevo método para atraer nubes (algo con los iones). Por las mañanas se sentían grandes vibraciones en el aire y se sacudían los árboles ¡Y hasta el cuerpo quedaba tiritando! Por las noches, la sierra parecía que bramaba. Pero las nubes no se juntaron. Cuando quisimos ver, un viento cargado de polvo se volvió constante en esos pagos. Se murieron los árboles y los animales. La gente también se murió. La mayoría se fue. Y a los que quedamos, las autoridades nos avisaron que el lugar se había vuelto inhabitable y que hasta que pasara, nos ubicarían en San Luis. Y que seguirían haciendo los experimentos para recuperar el ambiente.

¡Esa calamidá la vi venir di’hace rato! En ese tiempo, yo tenía unos 60 años, o sea que no me cocinaba con un hervor... Dije que sí, que sí me marchaba y en la mente repetía “Nadie me saca de La Mezquita”. Calladito, preparé mi casa, tenía provisiones como para dos años; así que, encadené la tranquera; tapié las puertas de la casa y me metí adentro con mis gatos y las dos vaquitas que me quedaron. Y pensé: “¡Que se olviden de Ortiz! ¡Chau, con ustedes!”

¡Y la pucha, me olvidaron!

Cuando se me ocurrió salir para ver cómo habían quedado las cosas, casi me da un infarto: primero porque hacía mucho tiempo que no andaba en la bicicleta y tenía las piernas fofas. También porque siempre he sido moreno, pero moreno con ganas (que me dejaron al rescoldo, dirían los viejos), y cuando me dio el sol, me ví pálido, me encandiló los ojos (me acordé de esa vieja película de Crepúsculo, que me re harté de verla, encerrado). Pero el verdadero infarto fue ver que no había nada. ¡Pero, nada!!

Mi casa estaba cubierta por un guadal que llegaba hasta donde se perdía la vista. El pueblo también estaba cubierto de médano hasta la altura de los techos...



“¡Lo hicieron, nomás!-dije en voz alta y fue lo más sorprendente que me pasó: escuchar mi voz, afuera, en medio de techos. Pensé que ahicito me moría, porque me faltaba el aire y el corazón estaba descontrolado.

-“Despertáte, Ortiz” me decía. Pero después solo lo pensaba, porque si hablaba, no podía respirar. Me dolía el cuero de los brazos y no aguantaba la bolsa de las compras que siempre llevo para poner el pullover.

Así me encontraron, boqueando al lado del cartel “Prohibido pasar-Propiedad Militar” que habían enganchado en el pilar de ingreso al pueblo. ¡Pero no me preguntaron quien era! Se acercaron con escafandras, de esas de las películas de laboratorios, me subieron a un vehículo y en algún lugar, me revisaron hasta las ganas de comer! ¡Qué manera de entrar en aparatos y de orinar y dejar que se llevaran mechones de mi pelo! Perdí la cuenta de cuantas veces me hicieron decir mi nombre. Y les respondí siempre con la verdad: “¡Soy Ortiz! ¡Soy Oscar Ortiz, de Lujan!” “¡Ajuna, que alguien me muestre la cara sin esas antiparras, que no soy ningún sarnoso yo!” “¡Al que me quiera cortar los bigotes, lo agarro a tortazos!”

La cuestión se puso más densa cuando preguntaron cuánto tiempo yo creía que estuve encerrado. Y yo, que “hasta que se me fueron acabando los fideos, más o menos” y ese flaco cirupítico, que dice: “me parece que un poquito más” y yo, que “bueno, cuando no volvió el último gatito” y el flaco: “Nos parece que un poco más, sabe?. Y yo, sacando cuentas, que “hasta que hice todos los crucigramas, los borré y los hice de nuevo” y el flaco escuálido, que dice, el impertinente: “se olvidó de las vacas”. Y yo, ya me sulfuré y le dije “¿Me están tomando para el chijete?”

Las preguntas se terminaron cuando vino el otro, el que parecía jefe y sin anestesia me dijo que lo que había sucedido es que yo había entrado en estado de hibernación. “¿Cómo los osos?” le pregunté, incrédulo. “Mas o menos”. “Entonces, no eran siestas, las que me echaba yo...?”

Después vino la alimentación computalizada. Y yo “¿Qu’es’esto? Ni gusto a charqui tiene. Parece papel”. Y los otros: “¿Qué es charqui?... qué es papel?”

Y así comencé a hablar con la gente, los que venían a rehabilitarme las piernas tullidas, los que traían la comida en bandejas con cuadraditos desconocidos. Y yo, muy tonto, haciéndome el entendido: “¿Es sushi?” ¡Y a contar qué era el sushi, pero yo lo había visto solamente en la televisión! Porque en Lujan lo máximo que llegamos a comer fueron las mollejas o la chanfaina.

Así me enteré que habían encontrado otras personas como yo, que habían quedado suspendidas en el tiempo, que entraban en largos periodos de sueño sin darse cuenta. “Pensamos que fue el cambio físico del aire”, dijeron los jefes, en reunión. Pero Ortiz era toda una novedad en esta zona.

Cuando pude circular por el lugar, andaba pispeando todo. La gente me decía que no era un hospital, que era la ciudad. No les creía, porque había techo, porque las paredes eran como plásticas, las habitaciones sin santos, sin floreros, sin mosquitos. Hasta me invitaron a la plaza y me desilusioné porque era un galpón grande, con sillas y toldos de colores. “¡Pero que no han puesto ni una plantita de rosas!” me quejé. Y a explicar qué eran las rosas.... Lo gracioso fue que mis bigotes y la melena se pusieron de moda en los hombres, que usaban la cabeza pelada. Las mujeres también estaban peladas y se dejaron crecer el pelo y algunas se dejaron los bigotes, también...

Siempre estaba rodeado de gente pero en algún momento, volvió la soledá. Y digo soledá porque me suena más pesada que soledad. Es soledá de no estar en mi casa, con mis amigos, de no fumarme un puchito armado mientras aparecen las estrellas.

Así que un día, después de algunos años, les digo: “Quiero salir afuera, pero Afuera. ¡Y no me anden con vueltas que no soy calesita! Y el que no sabe lo que es una calesita, que lo busque en google. Momentito, momentito, el que no sabe lo que es google, no lo sabrá, porque yo tampoco supe qué era el google”



¡No podía creer que me declararan patrimonio cultural de la ciudad de San Luis! A mí, que no había terminado la escuela! Claro, para que no me agrandara, me explicaron: yo era un testigo viviente de un pueblo que ya no existe y estaban grabando permanentemente todo lo que decía para rescatar el idioma y las costumbres de las personas...grababan hasta los ronquidos, hasta que se dieron cuenta que los hacía a propósito.

Soledá, dije y la gente la volvió a repetir así, soledá, sabiendo que la palabra está mal dicha. La repitieron porque muchos se acercaron y dijeron que eso sentían.

Otros se acercaron y me tiraron su enojo: que nosotros, los viejos de mi tiempo habíamos destruido el ambiente, que habíamos liquidado un montón de animalitos y que no nos había alcanzado con eso y sacamos los árboles, hasta que creamos el desierto que hay en la actualidad. Qué me voy a defender...tienen toda la razón de estar tan enojados.

Y les conté las siestas en mi casa, La Mezquita, con un vino tinto, debajo del enorme palo borracho. En aquellos tiempos, ¡cómo me enojaba porque al costado de la casa habían hecho un enorme basural! La gente no tenía idea de lo malo que eso era y el viento tampoco tenía idea de lo que hacía: los arbolitos de espinillos estaban llenos de bolsas plásticas, de envases...y los zorros y los caranchos comiendo ahí...

Les conté del canal, lleno de agua que parecía oscura pero era gloriosa!

Cómo se cruzaban entre los espinillos, las lampalaguas y las sacha.cabras. ¡Hasta les hice el ruido del vuelo de perdiz! Esa imitación fue mi perdición: ¿A ver, Ortiz, como silba ese pajarito que dijo? ¿y como hace el guanaco? ¿Cómo se reía su amigo Cecilio? ¿Puede cantar otra vez Caminito que va p'al norte? ... muja, silbe, ladre, cacareé... en fin, también me grababan cuando me reía solo.

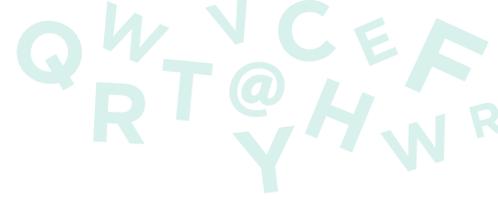
No podía creer que todo ese mundo ya no estuviera. Y la gente no creía que lo que contaba, hubiera existido... Estuvimos bien, pero no lo sabíamos, les dije. Eran tiempos difíciles, pero era la vida, y tampoco nos dimos cuenta. Y se les dio por hacer experimentos con el aire ¡Con el aire! Miren a donde llegamos los tontos...

Pero no todo fue tranquilo, en esta nueva ciudad. A veces, grupos de jóvenes pedían que me encarcelaran porque me reprochaban a mí, lo que había pasado. “¡Ustedes los destruyeron todo! ¡Fueron las últimas generaciones que estuvieron libremente en el exterior!. ¡Y fueron dueños de casas! ¡Y comieron vegetales, directo de sus plantas! Y extinguieron los animales, y...” y, sí. Qué quieren que les diga? No me siento feliz con todo lo que pasó. Todos pusimos un granito de la destrucción, haciendo las cosas mal o mirando para otro lado...

Quiero que lo sepan, porque quien avisa no traiciona: ¡Me vuelvo para La Mezquita! Muy agradecido con todas la damas que me demuestran su cariño... lamento decirles que hay algunas, esteeeh, como dicen ahora, algunas rehabilitaciones que no han dado resultado y no puedo retribuir con el mismo cariño. Y de eso también tengo mucho para contar ¡Si les contara! Mejor, lo contaré desde La Mezquita.

Ahí volví a encontrar el chico que me apodó Pescado Tictac. Y le pregunté por qué me llamó así. Y me dijo que si no sabía, que buscara en google (los chicos aprenden de los grandes, sépanlo). La cuestión, entre pito y flautas (ustedes, busquen este dicho) me enteré que en mis tiempos existió un pez de color rojizo, llamado Pez-reloj-anaranjado, que podía vivir hasta 170 años. Y también se extinguió, como todo lo demás. Supongo que Ortiz, a pesar de todo lo que le han puesto encima, también desaparecerá, porque nadie queda para semilla.

Así que, este cuerpito, llamado Patrimonio Cultural, se va pa'su casita. Ya les dije todo lo que viví y también les doy un consejito, para que se acuerden de este tonto: hay que amar la vida que cada uno tiene. Y si no está conforme,



Ortiz, Pescado-tic-tac ——— Por **Raquel Barrionuevo**

mejore las cosas, no le haga daño a la casa más grande, que es la tierra. No todos se pueden echar una siesta de años, como yo y aparecer en otro tiempo... el tiempo que uno vive es el mejor, con su gente y su casa. ¡Entiéndanlo!

¡Y chau con ustedes!.

8^{VA} EDICIÓN

Grandes Autores

RELATOS CORTOS



FINALISTA

Un avión en el jardín

_____ Por **Marta Delfina Mecca**

Esa tarde habíamos visitado dos inmobiliarias, con la idea de mudarnos del departamento, aunque sin resultados aparentes.

En la primera, nos habían mostrado un triplex muy amplio, pero que descartamos porque tenía unas escaleras pequeñas y empinadas.

Con la segunda, habíamos visitado una casa vieja, con recovecos dignos de un castillo medieval y paredes en las que la humedad había dejado su propia creación pictórica.

Ya nos íbamos cuando un señor mayor, posiblemente el dueño, dijo:

- ¿Les mostraron la casa del avión?
- ¿Avión? -dijimos al unísono – ¿Una casa en un avión?
- No exactamente, el avión está en el jardín, la propiedad tiene un terreno grande.

Nos miramos con curiosidad, estábamos buscando una casa con jardín y algo de fondo, donde plantar un limonero y muchas flores, pero nos estaban ofreciendo casi una pista de aterrizaje.

Subimos al auto de la inmobiliaria y, en el camino, íbamos pensando en que avión sería ese.

¿De pasajeros? ¡No, seguro que no! Ya no sería un terreno grande lo que nos ofrecían sino un campo, porque el avión tendría más de 40 metros de largo y de envergadura más aún.

Un Piper, dijo mi marido y yo asentí.

El auto había dejado atrás la avenida y se internaba por calles vecinales bordeadas de frondosos árboles. Cuando por fin llegamos, vimos que la casa estaba edificada cubriendo todo el frente, y el terreno, a lo ancho, no tendría más de ocho metros con sesenta y seis centímetros, diez varas de ancho, como diría mi abuelo.

Al entrar, la casa no nos llamó la atención, impacientes como estábamos en ver en que consistía eso de “un avión en el jardín”

Un avión en el jardín _____ Por **Marta Delfina Mecca**

Recorrimos, casi sin ver, el living, las habitaciones, los baños y al llegar a la cocina, una puerta de vidrio nos comunicó con el fondo del terreno.

Y allí estaba, cruzado a lo ancho, impedido de volar por los metros cuadrados de cemento que formaban su base. En realidad, todo él estaba realizado en cemento. Cuatro gruesas columnas lo sostenían, en tanto una escalera de metal daba el acceso a la puerta de ingreso.

Tenía ventanillas en las que deberían asomarse viajeros invisibles; con su trompa, también con ventanillas, para los pilotos imaginarios; con las alas, en las que se alineaban, de a dos, los cuatro motores, rígidos, de material de construcción aunque, sin embargo, parecían rugir con el viento.

El ala izquierda daba sobre la pileta y, según explicaba el empleado de la inmobiliaria, servía de trampolín para las zambullidas.

De pronto, el muchacho tocó una llave y se encendieron las luces interiores iluminando las ventanitas.
- Arriba hay una bodega ¿Quieren subir a verla?

Obvio que queríamos, aunque la escalera no tenía las condiciones necesarias para subir con comodidad. Era muy angosta y estaba oxidada, pero subimos de todos modos.

Por supuesto, no había asientos sino cuadrados y más cuadrados, que habrían cobijado en otra época a numerosas botellas de bebidas. Por la ventanita se veía el ala, los motores, y allá abajo la piscina, con el agua estancada y unos salvavidas descoloridos flotando entre las hojas podridas.

El fondo tenía algunas plantas que habían soportado la ausencia de cuidados y, entre una maraña de yuyos y pastos, apareció un limonero.

Bueno, dijimos ¡también tiene un limonero!

La casa se veía sólida y de ambientes grandes, aunque los pisos de todas las habitaciones eran de cerámicas de colores fuertes, y variaban, de unas a otras, dejando notar el rojo vecino al verde, el verde lindero al amarillo, el amarillo adyacente al azul, como en un gigantesco damero multicolor que impactaba.

Salimos con la intención de seguir visitando inmobiliarias y así hubiese ocurrido, si el señor mayor no nos hubiese llamado esa tarde para comentarnos que, el dueño de la casa del avión debía viajar con urgencia al extranjero y había sugerido una rebaja sustancial en el precio de venta.

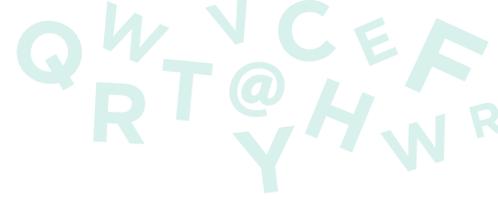
Gracias a ese llamado imprevisto, fue que terminamos adquiriendo la propiedad.

Después nos dimos cuenta que la misma requería de muchos arreglos y modificaciones. Según el arquitecto, la prioridad era sacar, cuanto antes, ese adefesio con forma de avión que arruinaba el parque, pero yo insistí en que primero debían cambiarse los pisos de todas las habitaciones, incluyendo el living, la cocina y hasta el patio, con lo que la vida del avión se extendió por un tiempo considerable.

Albañiles, electricistas, yeseros y plomeros se chocaban entre sí en las labores compartidas, hasta que la casa quedó como nueva.

Fue entonces que se empezó a mirar nuevamente hacia el fondo.

El avión seguía ahí, con sus lucecitas que yo encendía al anochecer, aunque su bodega permaneciera vacía por la



Un avión en el jardín _____ Por **Marta Delfina Mecca**

dificultad de subir semejante escalera.

Se hizo el jardín, se plantaron flores y hasta un olivo, se arregló la pileta y se renovó su sistema de limpieza y drenaje, hasta que el arquitecto volvió a sugerir que debíamos eliminar ese mamarracho, ese esperpento, esa ridiculez con forma de avión y hacer un quincho como corresponde.

Pensamos que tenía razón. El problema, entonces, se presentó con la demolición. Las columnas que lo sostenían hubieran podido aguantar el peso de un edificio de veinte pisos y no iba a ser fácil derribarlas. Lo mismo sucedía con el resto del cuerpo ya que, quitando las ventanillas, era de concreto.

Esa mañana trajeron unas máquinas para la labor, taladros, martillos neumáticos, cortadoras de concreto, parecía una lucha tan desigual contra el pobre avión que hasta el clima decidió tomar partido y comenzó a llover copiosamente.

A la noche ya no encendí las luces, debía acostumbrarme a su ausencia, aunque no dejara de mortificarme.

Cenamos en la cocina y tampoco encendí la luz del fondo, por lo cual, entre la lluvia y los árboles no se veía demasiado. Cercano a las once, mientras en el televisor explotaban las trincheras en una película de guerra, creí escuchar un ruido intenso, vibrante, parecido a un trueno largo, muy largo.

Y fue entonces cuando se encendieron unas extrañas luces, sin ningún relámpago a la vista, sin rayos ni centellas. Salimos al patio, y allí, en el jardín, pudimos ver a nuestro avión encendiendo los motores y sin carretear, al mejor estilo Harrier, despegar en forma vertical y salir volando entre el viento y la lluvia.

Encendimos todas las luces del fondo para reconocer la realidad de un hecho imposible. El avión ya era sólo una lucecita volando allí arriba y nos había dejado un espacio vacío, que no podíamos visualizar sin que un escalofrío corriera por nuestro cuerpo.

A la mañana siguiente, se presentó el arquitecto con varios albañiles. El sol comenzaba a asomarse y pronosticaba un buen día de trabajo. Entró dando órdenes, y al llegar al espacio libre que sobresalía en el jardín, nos miró asombrado.

Era evidente que no habíamos utilizado las máquinas que dejara en el depósito, pero, así como nosotros el día anterior, se sintió sobrepasado por la situación.

Le dijo a los albañiles que se retirasen, no sin antes llevarse toda la maquinaria y él se fue, dándose vuelta para mirar atrás varias veces, a medida que se alejaba.

No volvió más.

Ahora allí hay un círculo, no lítico sino cítrico, con dos limoneros, un naranjo, una lima y un pomelo que con sus azahares inundan el patio de una hermosa fragancia.

A veces, se me da por mirar una foto del avión que enmarqué y colgué en la pared de la cocina que da al fondo, y salgo cada vez que escucho un rugido de motores rumbo al aeropuerto.

Pero lo mejor sucede a la noche, cuando no sé si esas luces que se mueven en el cielo, pertenecen a un Airbus 330, a un Boeing 737, a un Embraer 190... o a mi loco avión de cemento, y por las dudas, agito mi mano en un saludo.